

Conocimiento campesino y sujeto social campesino *

RAFAEL BARAONA

En estas reuniones, durante el desarrollo de toda su temática, de manera central y desde varios ángulos, se está enfocando la conexión entre conocimiento y campesino. Este enfoque significa, en mi opinión, que lograremos llegar más lejos en la comprensión del sujeto campesino. Más lejos, por ejemplo, que si nuestra temática se limitara a campesinos y estructura agraria, o a su vinculación con cambio tecnológico o social o, en fin, con las vías de desarrollo capitalista en el campo.

Considero seriamente que a partir del examen de la asociación entre conocimiento y campesino se facilita la comprensión de un ser campesino no sólo más “completo” sino más articulado, con mayores proyecciones hacia la sociedad y hacia la naturaleza. Este procedimiento analítico se inicia poniendo de relieve aquello que es realmente infaltable en la condición campesina: las relaciones *sui generis* que el campesino tiene con el conocimiento y cómo lo usa; conocimiento sin el cual el sujeto campesino no existiría, no poseería condición de campesino, ni podría incorporarse a la sociedad.

Mi aporte o mi sugerencia para el análisis del sujeto campesino resultan de la destilación de una larga vida de terreno en muchos lugares de América Latina, con una diversidad de propósitos. Pude ver mejor el campo gracias a algunas lecturas, pero, sobre todo, gracias a lo que aprendí de tantos colegas y amigos. El aprendizaje de campo —cómo adquirir nuevas percepciones o vislumbrar algo con significado y fijarlo, depurarlo y socializarlo— es muchas cosas, pero no un acto solitario. Ese aprendizaje sólo puede tener lugar en el ámbito del equipo de terreno. Apelando a una metáfora, diría que puede suceder que en una larga vida de terreno se nos vaya llenando de campo la cabeza; les confieso que ése ha sido mi caso. Sin ningún esfuerzo especial, el campo se me fue ordenando en la cabeza; traté de no poner obstáculos para ello y menos aún de permitir conscientemente que la teoría social dijera la última palabra en este proceso. Dejé, por

* Transcripción modificada de la ponencia presentada en el Seminario: *Problemas metodológico-educativos de los programas de apoyo campesino* organizado por PHE (Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación), Santiago de Chile, enero de 1986.

el contrario, que la realidad por mí percibida me fuera sugiriendo libremente y así adquirieran relevancia hechos y situaciones que las disciplinas sociales tienden a pasar por alto o a dar por sentados sin hacerse más preguntas. Por lo tanto, mucho de lo que voy a conversar con ustedes proviene de ese ordenamiento que tiene sus propias, aunque no necesariamente misteriosas, reglas. Resumiendo, este enigma se revela si aprendemos a observar acuciosamente lo corriente y cotidiano, y así adquirimos confianza para investirlo de significado.

Fui afortunado al haberme formado como “campesinólogo” mientras me dedicaba a la más placentera de las ocupaciones: observar campesinos en las más variadas facetas de su vida e ir aprendiendo de ellos. Cuento esto no por mero interés autobiográfico o anecdótico, sino porque en las ciencias sociales tenemos y hemos tenido los más serios problemas conceptuales para aprehender el fenómeno campesino en su razonable autonomía. Pero no entraré ahora en estos problemas, porque considero preferible dar comienzo a estas proposiciones con una nota positiva.

1. CONOCIMIENTO Y SUPERVIVENCIA CAMPESINA: ALGUNOS EJEMPLOS

El tema del papel del conocimiento en la supervivencia campesina puede ser presentado más nítidamente a través de ejemplos. Ellos permitirán que se destaquen algunos componentes de la conducta campesina en la esfera científico-técnica que, junto a sus condicionantes socioeconómicos, conforman para nosotros el proceso de constituirse en sujeto social.

Estos ejemplos han sido sugeridos por observaciones recientes en un área relativamente pequeña al sur de Melipilla, en algunos lugares como Villa de Alhué, Las Hijuelas, Poluo, Tantehue y Los Guindos. En conjunto, nos dicen del contrapunto entre persistencia y cambio —ambos, ya sea en conjunción o separadamente, vistos por los campesinos como soluciones en circunstancias específicas. No podrían faltar en estos ejemplos situaciones de crisis extrema para la supervivencia campesina porque, a fin de cuentas, han caracterizado esta última década en Chile.

Desde el principio quiero llamar la atención de los colegas sobre un rasgo que, a falta de una investigación más a fondo, parece ser común en estos ejemplos. De acuerdo con nuestras impresiones, el impacto externo se ha dado por la vía del mercado, o mediante diversos acontecimientos desalentadores; no se advierten nítidamente contribuciones técnicas directas provenientes del exterior no campesino. Casi todas las decisiones técnicas campesinas observadas se apoyan, de alguna manera, en conocimientos preexistentes. Es decir, provienen del propio acervo campesino de conocimiento. Asimismo, las que podrían considerarse como transferencias de conocimiento, fueron realizadas realmente *inter pares*: entre campesinos. Se prefirieron fórmulas tecnológicas ya puestas a prueba por el tamiz de las posibilidades. O sea, ya ensayadas en una agricultura renuente a incorporar subvenciones

externas de información, materiales o energía (componentes de todo proceso productivo biológico), porque de uno u otro modo habría que pagar por ellas. Así es como, ustedes saben, se intenta reducir esos desembolsos y maximizar aquello que ya se tiene y habitualmente no es contabilizado. Incluso en la versión campesina de cultivos netamente comerciales. "Ahora hemos descubierto que la frutilla se da buena en estos suelos. Hace unos diez años que comenzó. El trabajo es poco [...] parecido a la siembra de ajos. La planta que más rige en esta zona es de Estados Unidos. En El Prado plantan la misma." Allí se consiguió las plantas para el vivero inicial y se observó el cultivo. "Cuando gusta una fruta, toda la gente trata de tenerla." "Le echamos úrea o salitre. Si fuera le echara cada 25 (días) o un mes [...] estar echándole abono para que no deje de dar". Lo que sí se puede hacer: "uno no termina nunca de limpiar (desyerbar). Hay que estar limpiando todo el tiempo." Por suerte, éste se considera un cultivo que no da mucho trabajo.

Los campesinos de la zona han tenido que tomar nuevas decisiones o adaptar su tecnología a situaciones que no tienen que ver directamente con la modernización. "El ganado se ha acabado por la delicadeza de los caballeros, de los ricos donde criábamos. Donde nos arrendaban para criar, no han querido ahorrar más. El ganado se nos fue acabando porque las propiedades de nosotros son muy pocas. No hay dónde criar ganado." No cabe dudar que el único realmente delicado es don R. O., nuestro informante. Es así como virtualmente han desaparecido los bueyes como animales de labor, siendo reemplazados por caballos. "Los caballos después que los desocupan los largan a la isla. A las riberas del estero, por ahí. Ellos se mantienen de las vegas que hay." Pero no hay bien que por mal no venga. "El caballo es harto rápido para arar. Un trabajador con una yunta de bueyes en un día, lo hace en 3, 4 horas con una bestia." Además, un campesino a caballo puede llegar más lejos buscando trabajo que si lo hiciera a pie.

Estas mismas restricciones en el acceso tradicional a terrenos de hacienda ha significado prácticamente el fin de los "curbenes" (siembras de trigo después de rozar y quemar el monte, no confundir con los barbechos para trigo de secano), seguramente una tecnología de origen prehispánico. En cambio, la siembra de poroto a chompe o a pitón (la información es fragmentaria) no parece haber sufrido igual destino, porque los lugares más aptos para este antiquísimo sistema de cultivo están localizados en terrenos de las comunidades.

La desaparición de estos sistemas tradicionales, con la obsolescencia consiguiente del conocimiento campesino, no son atribuibles al desarrollo de nuevas lógicas modernizantes de manejo en las haciendas. El posible fin de estas opciones productivas campesinas no es siquiera impulsado por un mayor uso en ganadería de estos terrenos: no hay competencia por el espacio. Presumiblemente operó el rescoldo de animosidad política y social que acompañó al virtual desmantelamiento de la reforma agraria. Otro

episodio en el progresivo constreñimiento del ámbito productivo accesible a los campesinos.

La expansión del cultivo comercial del maíz también ha encontrado una respuesta entre los campesinos de la zona —sensibles, como lo son, a cualquier resquicio aprovechable del mercado. Hasta ahora, sólo parece haber significado una simplificación de las chacras que incluían también cultivos tales como porotos, zapallos, etcétera. La pérdida podría ser importante en germoplasma de maíz y de esos otros cultivos —que ciertamente no han desaparecido. Un ejemplo corriente de adaptación al mercado, sin otra exigencia que comprar semilla o adoptar nuevas variedades. Aunque el impacto sobre la dieta local de la expansión del maíz comercial y la reducción de cultivos para autoabasto no debería ser subestimada.

Encontramos igualmente en la zona una situación que tiende a ser muy frecuente: se percibe un problema pero no se encuentra la solución. Las preguntas o consultas al conocimiento registrado en la memoria (que llamaremos *corpus* más adelante), quedan sin respuesta. En términos generales, adelantamos que estas situaciones tienden a coincidir con cambios progresivos o abruptos en los diferentes entornos (ambiental, social, cultural, económico o político) de la agricultura campesina —estos problemas educen entre los campesinos tanto interrogantes técnicas como no técnicas. Una situación generalizada y relativamente novel que tipifica estos problemas es la proliferación de plagas y enfermedades en los cultivos, difundidas desde áreas de agricultura comercial (donde son combatidas por los empresarios de acuerdo con sus luces o con la asesoría técnica que reciben) a las de agricultura campesina. A partir de una situación de acentuada indefensión, el problema es frecuentemente percibido ya en sus etapas avanzadas o críticas. Generalmente, constituyen la causa (no siempre identificada) que lleva a expresiones tales como “ya no se dan tales o cuales cultivo que antes se daban tan bonito”.

En la medida que falta una identificación precisa y asimismo la solución, el problema se agrega a otros signos que terminan encubiertos, aunque con perspicacia, en un “nuevo estado general de la naturaleza o de las cosas”. Referencia que, por sí sola, no basta para enfrentar los problemas. Ésta es una situación genérica y fue reconocida en el área a través de varias expresiones, pero no fue investigada en términos específicos. De haberlo sido, se habría detectado seguramente una variedad de percepciones campesinas de este tipo de problemas. Tampoco dudamos que más que ignorancia o inocencia, se hubiera localizado esta aparente limitación tecnológica en su expresión práctica de lógica campesina: sabemos de qué se trata, aunque no estemos seguros del nombre, pero el remedio para estos males “no costea”. U otras respuestas reveladoras.

Otra situación potencialmente limitante del conocimiento campesino no fue siquiera considerada en estas breves visitas, porque supone una comprensión avanzada y una vinculación firme y continuada con los sujetos campesinos —tal es precisamente cuando la solución no se busca porque

el problema mismo no ha sido percibido, o lo es nebulosamente. Es decir, por ejemplo, cómo hacer algo mejor de lo que se hace cuando no se percibe aquello que podría ser mejorado de acuerdo con la propia racionalidad campesina. Aunque se puede estar seguro de que tarde o temprano algún campesino daría con la pregunta adecuada y empezaría a buscar la solución. Si este potencial no se diera, y si no existieran individuos campesinos con esa capacidad de percepción, los campesinos no habrían sobrevivido a los variados contextos históricos que les han tocado. El asunto es más bien cuestión de oportunidad y de posibilidad. Sin embargo, este trabajo de *diagnóstico con los campesinos* hay que hacerlo ahora y cuanto antes. No se trata de que los campesinos no tengan capacidades para sobrevivir; el problema está en que, por primera vez en la historia, se les está negando la posibilidad de hacerlo.

Ustedes saben que en Chile central las técnicas de secano o de rulo, tal como se practican en la franja conocida como “de costa”, son sofisticadas y requieren de considerable pericia. No se limitan al conocido barbecho costino de trigo, que también se ha hecho en fundos o haciendas. Con un cuidadoso manejo de la humedad residual en el suelo se logra cultivar, en nuestro clima mediterráneo con baja precipitación total, maíz, zapallos, sandía, *Vigna*, chícharos (*Lathyrus*), garbanzos, lentejas, papas, quínoa, etcétera. Todos ellos de secano. “Un año que tenga de rulo sembrado hay que saber trabajarlo. No todos saben trabajar la tierra de rulo”; “. . .yo tengo mucha fe en los rulos”; “en los guindos yo veo toda vez que paso por ahí veo esos rulos tan lindos. . . Digo, por Dios la gente que es inteligente.” Los Guindos es, casi por consenso, un lugar focal en materia de tecnología de secano: hay gente conocedora y a la que se puede consultar.

De paso, una observación sobre la diferencia fundamental entre el secano de grandes paños —como en los fundos— y el campesino. Ésta es realmente una diferencia de óptica. El campesino conocedor distingue en el interior de una loma o de un plan, considerados por otros como totalidades relativamente homogéneas, pequeñas e incluso sutiles discontinuidades aprovechables para algún tipo determinado de rulo. Al ser ordenadas estas percepciones resultarían en lo que entendemos como un sistema catenario de suelos. Además, se podría jugar con la diferencia cualitativa entre “conocer más” y “conocer mejor”.

Este secano cuidadoso, en pequeños espacios, con alto grado de intervención o presencia personal —no necesariamente en insumos físicos o en trabajo— es una tecnología de pobres: “El rico no se fija en esas cosas.” “Aquí han llegado vivientes a vivir aquí a la comuna y en los pedacitos de sitio que se les entrega a esa gente han estado todos estos años sembrando papas de rulo.” “El hombre aunque no tenga riego, si sabe se defiende, tiene para comer.” “Ahora han llegado nuevos vivientes ahí (en los terrenos secos y desnudados por sobrepastoreo de la comunidad), todos cosechan papa. Ha llegado gente de los fundos. Han ido eliminando la gente”. Estos campesinos han intentado mantener un componente pro-

ductivo en su estrategia de supervivencia y de ese modo, expresan su resistencia a la completa descampesinización. Sembraron papas de rulo en condiciones estimadas como imposibles, donde nadie en el recuerdo de los habitantes locales las había cosechado. De alguna manera, el recuerdo de la tecnología más refinada y precisa, aquella a la que se recurre en las condiciones más desfavorables, no había desaparecido. Apelaron, de una manera consciente y deliberada, al recurso campesino más importante de todos: la memoria —que en esa situación crítica se había convertido, literalmente, en su último recurso.

Los casos que hemos contado revelan, en diversas coyunturas, la exigencia para los campesinos de conocer para poder actuar, para lograr decidir. La complejidad de la relación saber y actuar (o no saber y, por lo tanto, no poder decidir) se puede desentrañar fructuosamente en situaciones de crisis. Entonces puede vislumbrarse la riqueza del *corpus* de conocimiento, su potencial y sus limitaciones, cuando es puesto a prueba por nuevas o inesperadas demandas de la praxis.

Necesariamente, porque para nuestra ciencia convencional no hay otra vía, nos veremos forzados a desarticular en lo que estimamos son sus componentes, lo que en el pensamiento y en la conducta campesina está inextricablemente unido. Desarmar para volver a armar aproxima esa realidad a nuestras limitaciones de percepción y aprehensión. Esperamos que en este ejercicio no se pierda la riqueza y la lógica del sistema no convencional campesino de pensar-decidir.

Los ejemplos o casos, en mi opinión, darían para mucho comentario. Sin embargo, manteniendo en mente la línea temática de estas reuniones, nos concentraremos en explorar, en su contenido y en sus proyecciones, los componentes básicos de la relación conocimiento-sujeto social campesino: el fondo de conocimiento mismo, o *corpus*, y su animación mediante el trabajo y la toma de decisiones, o *praxis*. Si los campesinos son poseedores de una ciencia que aplican para hacer producir a la naturaleza, ¿es ella acaso diferente de nuestra ciencia? O ¿se trata realmente de una ciencia? Más adelante retomaremos lo fundamental de estos fenómenos, pero en su inserción en el proceso total de la supervivencia del campesino y de su constitución como sujeto social.

2. UNA MIRADA AL CORPUS DEL CONOCIMIENTO CAMPESINO

Siguiendo a los antropólogos dedicados al estudio de las etnociencias, aplicamos el nombre de *corpus* a la suma y al repertorio de ideas y percepciones de lo que consideramos como el sistema cognoscitivo campesino. De paso subrayamos que no debe considerarse esta acepción de sistema como uno ya armado o formal o como el producto de nuestra aplicación de la teoría de sistemas. Simplemente no dudamos que posee, como repositorio de conceptos, algún tipo de organización interna, pero lo realmente sig-

nificativo para nosotros es *qué* leen en el *corpus* sus usuarios y *cómo* lo hacen.

Para ayudarnos a imaginar la riqueza de referencias inmersas en un *corpus* de conocimiento no convencional, Werner y Fenton (1970: 537) han usado la metáfora del natural o el nativo omnisciente. “Ya que todo conocimiento cultural es un ‘compuesto’ de muchas competencias (capacidades) individuales, su descripción equivale a la de un individuo que expresa y escucha y que conoce todo lo referente a su cultura.” Desde nuestro punto de vista, aún sin negar la expresividad de esta imagen, preferimos concebir al *corpus* como *conocimiento relativamente compartido* por sus poseedores o usuarios. De esta manera no concederemos tanta importancia al hecho de que algunos campesinos sepan menos o más que otros, como a que no debe esperarse un *acuerdo completo* entre ellos sobre significados y alternativas en el *corpus*. Para estos propósitos, una estrategia de investigación que enfatice o privilegie al *corpus* en cuanto abstracción, puede resultar demasiado estática. Lo que podría ser considerado un mismo *corpus* ofrecerá un amplio abanico de soluciones técnicas para una diversidad de usuarios de ese *corpus* cuya diferenciación realmente no reside en su sapiencia o su ignorancia, sino en sus preferencias tecnológicas asumidas en conjunto con *otros atributos* del usuario.

La existencia del *corpus* es real y su *locus* está en el conjunto de las mentes o memorias campesinas; su registro es puramente mnemónico y por lo tanto su existencia es implícita. Podría decirse que los usuarios la hacen explícita cuando sacan a luz el *corpus*, al consultarlo para utilizarlo. Pero estas explicitaciones no son verbales, no precisan de la palabra hablada. Las acciones que resultan de esas consultas al *corpus* pueden ser visualmente percibidas (ya es suficiente logro poder hacerlo), y es así como el observador resuelto y dedicado recibe los mensajes de “la tierra callada”.

A propósito de esto, tengo para mí que la frontera pendiente en estudios campesinos —que bien necesitados están de nuevos frentes de avance— no es verdaderamente un asunto de teoría. Lo que nos falta es superar la barrera del silencio campesino: entrenar el oído para escuchar los “cuentos no contados”, aprender a educirlos. Incitar a que se nos cuente cómo se está pensando sólo implica, a lo mejor, que se nos acepte como aprendices merecedores. A los colegas que consideren que esto es una mera cuestión de procedimiento, los invito fraternalmente a pensarlo de nuevo.

En todo caso, al rescatar contenidos del *corpus* se le vuelve explícito o, dicho de otra manera, intentamos una reconstrucción, aunque fragmentaria. Un modo dominante en las últimas décadas ha sido mediante *taxonomías étnicas* (fuera del circuito de la ciencia convencional) para una diversidad de entidades clasificables: insectos, colores, plantas, etcétera. Aún los más estimables esfuerzos de esta clase no se libran del empobrecimiento cognoscitivo inherente a toda clasificación convencional: por reducción de atributos en la entidad clasificada; lo que significa también renunciar a la ambigüedad intrínseca en las múltiples localizaciones de

una entidad en lo cognoscitivo no convencional. Si esto llega a suceder en la clasificación de una entidad indisputada como “planta”, por ejemplo, para la cual coinciden las taxonomías convencionales y no convencionales en el nivel de la especie linneana, no es de extrañar que surjan problemas cuando se trata de captar la taxonomía no convencional de una entidad compleja como “suelo”. Los intentos que conocemos dejan la impresión de no haber agotado la riqueza de la percepción campesina de la realidad, en la que las diferentes referencias a “suelo” estarán distribuidas en muy diversos nichos del *corpus*.

Estas observaciones no deben leerse en el sentido de que consideremos al *corpus* como inasible, o que renunciemos a su comprensión. Para otros propósitos, las etnotaxonomías serán satisfactorias, como podría serlo la empresa de alimentar un *corpus* agropecuario —que abarcaría casi todo lo que los campesinos *saben*— a una computadora. Frente a esta última alternativa sugerimos, por ahora, dejarlo donde se encuentra, porque no lo presumimos ya hecho, sino en construcción. Muy poco entendemos del *corpus* en la vida y en la realidad de los campesinos como para apresurarnos a pasar a la fase del laboratorio. En lugar de la cala taxonómica, escogeríamos en cambio observar cómo el campesino apela al *corpus* y qué encuentra en su búsqueda. Dicho diferentemente, quisiéramos poder asomarnos al *corpus* acompañando instancias significativas de la praxis campesina y captar así su especificidad en la constitución del sujeto social campesino. Estamos seguros de que el campesino se revela a sí mismo cuando en el interjuego *praxis-corpus* decide y escoge tecnología. No creemos que esto constituya una respuesta para el investigador, pero sí se encontrará frente a un hito clave para empezar a hacerse nuevas preguntas sobre ese campesino.

3. LAS REFERENCIAS HISTÓRICAS Y CULTURALES EN EL CORPUS

En el Nuevo Mundo los sistemas cognoscitivos campesinos que fueron conformándose a partir de la conquista española son marcadamente sincréticos, y combinan elementos de origen español (mediterráneo) con diversas influencias americanas. El de Chile central lo es en grado sumo y resulta por eso uno de los más ricos de la América hispana. Muy brevemente, la agricultura de nuestros naturales ya era sincrética a la llegada de los españoles. Puede discernirse un substrato antiguo con la notable particularidad de contar con dos auténticos cereales. Luego los aportes inka y algunos otros americanos de difusión más generalizada (maíz, por ejemplo).

La conquista española de Chile mediterráneo inaugura un proceso cualitativamente diferente de adaptación de técnicas y cultivos en América, que es inverso al registrado en la región tropical. Desaparece el factor de considerable distancia ecológica de España respecto a los Andes centrales, o con

las tierras bajas tropicales, pues con Chile las diferencias son insignificantes. Lo que había sido un lento proceso de adaptación o de gestación local se torna rápido y expedito al perder influencia las barreras ambientales. Si bien los españoles intentaron introducir en toda América el mismo abanico de técnicas y cultivos, sólo en Chile pudieron prosperar prácticamente todos los cultivos mediterráneos y en condiciones ambientales óptimas. Fuera de nuestras posibilidades sólo quedaron algunas de las aportaciones árabes al mundo mediterráneo (banana, datilero, algodón, mango o cocotero) —al fin de cuentas, nuestro subtrópico carece de agua.

Este sincretismo caracteriza entonces al *corpus* campesino chileno. Si no es más rico, ello debería atribuirse a nuestra historia social: no existieron las condiciones para un desarrollo temprano de una agricultura campesina, y sí para la economía simplificada de haciendas y de un campesinado interno y dependiente en alto grado de esa “escuela” para conformar su *corpus*. Sobra decir que acerca de este tema habría que hilar más delgado, puesto que *esta* historia todavía no ha sido escrita.

Las referencias históricas y culturales en la conformación de un *corpus* nos proporcionan sugerencias y pistas que siguen siendo vigentes para entender cierto tipo de procesos. Como, por ejemplo, lo que podría considerarse el proceso *básico* o *primario* del sincretismo. Algunos complejos de técnicas y de cultivos han mostrado notable estabilidad a través del tiempo. Ha sucedido así con el patrón de cultivos americanos que llamamos de chacra: maíz, porotos y cucúrbitas. Ciertos cultivos se incorporan a las chacras o reemplazan a otros por criterio de aproximación homológica: sorgo o curagiulla, homólogo del maíz; sandías y melones, *idem* de cucúrbitas o zapallos. Se incorporan a las chacras porque ya tienen un nicho aproximado en el *corpus* o, dicho de otra manera, porque existiría ya un capital de conocimiento aprovechable. Así seguramente la linaza (*Linum*) reemplazó entre los mapuches al madi (*Madia sativa*) como grano tostado rico en aceite que se mezcla con harina de trigo (antes de mango [*Bromus mango*] o theca), también tostada. Otras accesiones o reemplazos, incluso cultivos comerciales (incorporados mediante mecanismos que pueden ser diferentes al mencionado), llegan a convertirse asimismo en referencia histórica. Después de todo el *corpus* es, como la historia, hijo del tiempo y no discrimina luego de que una referencia ha sido registrada en la memoria de algún campesino. La única sanción que puede existir en el *corpus* es el olvido.

Está claro que el *corpus* de los campesinos chilenos fue conformado por influencias de variada edad y procedencia. No resulta relevante que las percepciones hayan o no sido originalmente campesinas; presumimos que los actores que intervinieron en su génesis y evolución, kurakas o mitmackuna inka, anónimas mujeres indígenas, cultivadoras de etnias preincas ni siquiera identificadas, misioneros españoles, hombres prácticos y conocedores del campo, terratenientes y técnicos de diversos períodos, etcétera, que difícilmente pudieron haber sido calificados como campesinos,

hicieron su aporte y dejaron su marca en el fascinante sincretismo que acuerpan, mantienen y usan los campesinos chilenos de hoy.

Muchos de los contenidos que aparecen hoy como campesinos han venido de libros leídos por otros. Varrón, Columela, Catón o Paladio; Gabriel A. de Herrera o los agrónomos arábigo-andaluces, o los hermanos Opazo, agrónomos chilenos de principios de este siglo, pueden ser reconocidos por destellos que aparecen en la conversación de los campesinos chilenos. O en la observación de nuestras prácticas: *Humiles ac sine ridices, ut in Hispania* (Varrón, *Rerum rusticarum*, VII, 1); cómo no reconocer en estos viñedos "rampantes, sin estacas, como en España", a los nuestros "de cabeza", tan corrientes en la costa central de Chile.

A fin de cuentas todo ese conocimiento, sea o no libresco, no tiene como antecedente sino lo que alguna vez se hizo, o se pensó —su registro escrito resultó o fue asunto tanto accidental como incidental. Nuestro buen padre Hesíodo, prosaico poeta campesino, obsequia a su poesía su fondo de moral, pero su agronomía no es otra que la observada por él.

Por último, debemos recordar que en el *corpus* campesino está nuestra *primera cultura*, la que ha investido de nombres y de significados a nuestra naturaleza, a sus entidades vegetales y animales, a las cualidades y formas de nuestros terrenos y al paso y a los accidentes de las estaciones en este territorio, . . . y podríamos continuar. Sin esta referencia de base, independientemente de que a muchos la vida urbana nos haga olvidarla o no estimarla, es obvio que no tendríamos existencia y que ésta no tendría *estilo*. Nuestra relación con la naturaleza no es mediada por los ecólogos u otros científicos que nos ayudan a entender, sino por nuestros hombres *en* la naturaleza.

4. EL INTERJUEGO DE CORPUS Y PRAXIS O LA DINÁMICA DEL SISTEMA COGNOSCITIVO CAMPESINO

Podría afirmarse, simplificando en extremo, que en la experiencia de campesinos individuales chilenos han operado dos situaciones básicas en la constitución o desarrollo de su conocimiento científico-técnico.

Por una parte, el aprendizaje en el contexto de la actividad productiva familiar o por cuenta propia —cuando es componente de su supervivencia. O, en términos generales, en el ámbito de la agricultura campesina.

Una segunda circunstancia ha sido aprender el conocimiento de otros, conocimiento que es también para otros. Por ejemplo, trabajando para las haciendas o, en general, para la agricultura comercial-especulativa. Esta escuela rinde un conocimiento que los campesinos apropian como referencia, con sus dosis de escepticismo, asombro (o admiración) y también resentimiento. Mucho de lo que ha sido considerado como tecnología o "trabajos" de hacienda fue, en realidad, transmitido y preservado por quie-

nes hacían esos trabajos (en Chile, inquilinos y otros). Al fin y al cabo, el trabajo productivo es el mejor mordiente o fijador de la memoria.

Aquí entre nosotros, la reforma agraria sirvió por lo menos para demostrar que los campesinos sabían manejar las haciendas. Y lo que les faltaba por aprender, sobre insumos entonces accesibles o sobre mercados, lo adquirieron sin mayores problemas, críticamente y de seguro con una nueva óptica. Si las estructuras socioproductivas generadas por la fértil imaginación urbana fueron eficientes o adecuadas para aprovechar éste u otros potenciales campesinos, es harina de otro costal.

El conocimiento para otros es, de todas maneras, conocimiento. En forma directa constituye el currículum de los campesinos que venden fuerza de trabajo, para una diversidad de destrezas, en la producción agrícola comercial. Muchos de ellos, y podemos decir que son cada día más numerosos, no han contado con la opción de producir por cuenta propia.

Habría que mencionar de paso otro aprendizaje de muy distinta naturaleza, que tiende a ser difuso y discontinuo. Nos referimos a instancias diversas de información recibida desde fuera por casi todos los medios. Una especie de "fallout" del bombardeo técnico-comercial a que están expuestos los agricultores de hoy, incluidos los campesinos.

El tema de las posibles articulaciones de estos conocimientos de diverso origen y propósito en escogencias específicas de los campesinos, resulta obviamente complejo y es mejor dejarlo para la prospección de campo. Sirve ahora, sin embargo, para destacar de nuevo una propiedad del *corpus* que es conveniente no olvidar: su neutralidad. Registra, pero no se pronuncia. No discrimina sobre lo que algunos campesinos, ya que no hace falta que sean todos, tiendan a registrar u olvidar. Registros u olvidos han estado seguramente asociados a una gran diversidad de episodios, circunstancias y coyunturas en las experiencias de esos mismos campesinos.

El *corpus* respalda las exigencias técnico-científicas de la supervivencia campesina, pero lo hace sólo en los términos o con las limitaciones de aquello que los propios campesinos mantienen en registro o que incorporan a él. Esto último está sucediendo todo el tiempo.

Es así como en el *corpus* están registradas infinidad de alternativas técnicas: tracción animal o con tractor; rastra de ramas o de discos, limpiar con azadón o con bomba y herbicidas, etcétera. A propósito, el respeto por la integridad del *corpus* como recurso vital campesino tiene muy poco o nada que ver con el culto a lo tradicional en cuanto tal, y menos aún con el fetichismo de lo nuevo. El realismo incorporado a la práctica o praxis campesina es el que se pronuncia sobre esas alternativas. En esta fase, praxis significa hacerse una pregunta, buscar respuesta e intentar hacerla viable conforme a los dictados de la supervivencia. Son estos dictados u objetivos, y el hecho de haberse comprobado su factibilidad, los que determinan que se aplique una fórmula determinada y no otra. Fórmula que puede estar desde hace mucho en el *corpus*, o haber sido recién incorporada a él, incluso por un campesino que la usó por primera vez y con ello la invistió

del potencial para ser difundida. Ya hemos mencionado otras situaciones al respecto.

En esta propuesta para abordar unitariamente el sujeto campesino (vale decir, sin discriminación disciplinaria previa), recomendamos privilegiar la praxis como instrumento de análisis. En la interacción o dicotomía *corpus-praxis*, esta última debe instrumentar el asomarse al *corpus* y determinar, para un momento dado y para campesinos concretos, la efectividad del *corpus* en lo que hacen o intentan hacer para sobrevivir.

El privilegio de la praxis en nuestra estrategia de análisis se justifica porque queremos penetrar más allá del mero estudio de un sistema cognoscitivo, aunque éste sea fascinante y también perfectamente legítimo el interés científico que pueda inspirar.

Las propiedades de la praxis son ambiguas; incluso, cabe preguntarse si ganamos algo al distinguir *praxis* de *corpus*. Referidos a la riqueza implícita en su articulación real, la pérdida es considerable y, mucho nos tememos, también inevitable. No dudamos que tal es el costo de pretender estudiar con una óptica cognoscitiva convencional, la nuestra, realidades cognoscitivas no convencionales. Justificamos tal pretensión porque para nuestra insaciable curiosidad no basta con saber que los campesinos usan ciencia para sobrevivir. Queremos entender cómo lo hacen y por qué tienen que hacerlo. Y al fin de cuentas, ¿qué clase de ciencia es esa que existe, se transforma y opera *sin hacerse las distinciones esperadas*?

Otra interpolación. Confieso que veo con más simpatía otra fuente de interrogantes frente a los campesinos y su ciencia. Como ciudadanos urbanos intuimos que estamos necesitados de aprender sobre supervivencia, respecto a la cual hemos llegado a carecer de todo mecanismo que nos sea natural. Y lo mejor es aprender supervivencia directamente de los maestros en ese arte. No cabe interesarse por arados, rastrojos, podas o injertos, pero sí asomarse a una situación de conocimiento con una vinculación umbilical con la vida; una ciencia que no responde sino al imperativo de sobrevivir y que cuando lo abandona podemos temer mayor vulnerabilidad y empobrecimiento en ella, que no precisa siquiera de la palabra escrita para su existencia. Nos agobia, en fin, depender de una ciencia, la nuestra, que en su progreso termina sirviendo a tantos y tan divergentes y contradictorios propósitos, sobre los que no se rinde cuenta y que no sabemos cómo compatibilizar. A muchos de nosotros nos pareció "natural" que nuestra ciencia, después de haber liberado el poder del átomo, no se sintiera obligada a aprisionarlo de nuevo.

Tal vez la relación *corpus-praxis* se hace más intrincada y fascinante cuando pensamos en conocimiento campesino como proceso en que estas dos dimensiones se encuentran en constante cambio. Pero, de nuevo, ¿valdrá la pena distinguir entre cambio en el *corpus* y cambio en la *praxis*? Sospechamos que sí, siempre que tal presunción sea calificada. Es obvio que el *corpus* se anima por las ideas que sus poseedores usan al actuar y que, por lo tanto, el cambio opera desde la praxis al *corpus*, aunque los conte-

nidos en este último preconditionen en alto grado lo que, mediante la praxis, se le pregunta o se le adiciona.

Otra distinción. Cambios que en una área particular de la praxis pueden llevarla a la obsolescencia o a su total reemplazo por otra alternativa, en el *corpus* no son sino eso: una alternativa técnica ha reemplazado a otra en el abanico de alternativas que el *corpus* abarca. En él la alternativa anterior sigue vigente mientras no se demuestre lo contrario —que realmente haya sido olvidada. El grado de impacto en el *corpus* de cambios que se están produciendo en algún área de praxis dependerá de la ubicación y de otros aspectos cualitativos de esa área técnica en el *corpus*. Algunos cambios son marginales o transitorios, pero otros pueden afectar el edificio del *corpus* o empujarlo a una obsolescencia casi total, como ha estado sucediendo con la crisis de la agricultura de roza en buena parte de las tierras bajas de los trópicos americanos.

Valdría la pena que mantengamos en mente que la dinámica es una propiedad del sistema cognoscitivo campesino y no un atributo agregado, puesto que se trata de una dimensión cognoscitiva inmersa en una dinámica social.

La praxis es, por lo tanto, una realidad puente. Vincula o traduce a términos técnico-científicos los impulsos o exigencias no científicos originados en las estrategias de la supervivencia campesina.

Digamos en resumen que, tal como la entendemos, la praxis es el nexo que nos permite llegar a captar en su totalidad a la conducta campesina, desde el acudir al *corpus* para encontrar alternativas viables, hasta las percepciones de la vida corriente que operan como impulsores de las preguntas que se le hacen al *corpus*. Tendríamos así un eslabonamiento de hitos de pensar-actuar, articulados por la praxis, y con dos infaltables terminales, ambos diferenciados en cuanto a contenidos. El uno, científico-técnico (conducta C-T). Al otro, a falta de un término más apropiado, lo llamaremos de contenidos de sentido común (conducta S-C), dominado por percepciones —mediatizadas o perfeccionadas en el nivel o en el seno de la familia campesina— del vivir en sociedad o, si prefiere, en el reino de la necesidad.

Al pasar. Aunque tantos autores han escrito acerca de la ubicación nodal de la instancia familiar en la toma de decisiones, es sorprendente lo poco que sabemos del juego total de vectores familiares en el proceso. Salvo, claro está, en las representaciones literarias de la vida campesina. Cuánto nos serviría entender el papel de aquéllos que no deciden pero que, de todas maneras, son tomados en cuenta. Los niños, por ejemplo, ese componente interno-familiar cuyo papel se acrecienta cuando actúan como ventanas por las que los padres se asoman para percibir con sus ojos a la sociedad externa. Por lo que hemos logrado leer, muchos buenos estudios limitan su análisis a los impulsores más inmediatos de las decisiones relacionadas con el manejo de recursos e insumos o con la esfera doméstica.

Volviendo a la secuencia o eslabonamiento C-T/S-C, o conducta total

campesina, habría que reconocer que no es sino un posible recurso analítico de nuestra óptica convencional. Busca un ordenamiento, pero no refleja necesariamente una secuencia cronológica estricta. Más bien, trata de aislar momentos o episodios dominados por instancias de activa interpenetración en temáticas o contenidos con alto grado de especificidad. Pero la caracterización de los momentos no se limita a temática (C-T o S-C); las percepciones polarizadas hacia naturaleza o hacia sociedad tenderán a ser cualitativamente distintas, como también lo serán sus sistemas de aprendizaje. Tal vez lo más fascinante sea que estos dos polos de percepciones, articulados en una sola dinámica por la praxis, que a su turno la convierte en proceso social, tengan respectivamente sus propias dinámicas o modos de cambio.

Visto desde el polo C-T, se trataría de estudiar no sólo un sistema cognoscitivo no convencional, sino además su papel en la estrategia de supervivencia y por ende sus vinculaciones con el polo S-C. Si la delimitación entre ambos polos permanece imprecisa, y el corte que deslindaría lo C-T de lo S-C sigue siendo un área de penumbra, sería plausible concluir que ésta es una propiedad inherente a lo cognoscitivo científico-técnico no convencional: posee un *locus* determinable, pero en su periferia se fusiona o se confunde con otros conocimientos culturales. Tal vez porque esta periferia será siempre penumbrosa por su carácter multidisciplinario. Una posible conclusión sugerente sería que un sistema C-T tiene como rasgo distintivo el no poder ser estudiado como sistema actuante sin referencia a lo que llamamos ahora S-C y que es de la naturaleza de los hechos que esta situación dificulte y al mismo tiempo enriquezca las tareas de aprehensión. Sin olvidar la “ley primera del estudio convencional de lo no convencional”, encontrada junto a otros *graffiti* en un muro de una aldea de cuyo nombre... , aunque las versiones son muchas: “mientras más nitidez exijas para ti, con menos riqueza te quedarás”.

Insistimos, sin embargo, en la dirección de la secuencia general del análisis: desde el campesino hacia la sociedad mayor. Nos parece especialmente promisorio. Regresaremos a este asunto en unas líneas más.

La conducta total campesina sugiere varias implicaciones. Por una parte, realiza o hace concreta la infaltable conexión con fines productivos de cualquier sociedad con la naturaleza —sin entrar ahora en otros distinguos: ha sido así desde el neolítico. Logra esta función porque equivale, repetimos, a la vía mediante la cual el campesino se constituye en sujeto social. Esta vía o secuencia milenaria ha permanecido inalterada, en lo esencial, a través de los tiempos. Claro está que la vía campesina recibe insumos históricos en los dos terminales ya mencionados, y es así como las versiones históricas de hacerse campesino acusan las realidades que les fueron contemporáneas, aunque sin alteraciones que llegaran a *recrear* la vía misma del sujeto social campesino. Lo que un campesino pregunte al *corpus* y el por qué de esa pregunta, las respuestas que logre educir (o la frustración de no obtenerlas), variarán con el transcurrir del tiempo. Pero nunca se eli-

minará la exigencia de ubicarse en la sociedad y en la naturaleza para hacer preguntas al *corpus* en busca de respuestas por viabilizar.

Colocándonos en la hora actual, ¿qué sucede con la milenaria vía campesina bajo el capitalismo? Un problema sería que sabemos demasiado al respecto, lo cual nos ha llevado a reconocer a los campesinos por aquellos procesos mediante los cuales el capitalismo los afecta. Así apreciados, llega a ser improbable que emerja del análisis un sector social históricamente activo en el presente. Sabemos que el capitalismo, como cualquier otra formación social histórica, no puede, en cuanto tal, hacer campesinos. Sólo puede deshacerlos y con una intensidad y a una escala no experimentadas antes. Esta última característica plantea algo cualitativamente nuevo. Es aceptado que el capitalismo determina socialmente, por ejemplo, a proletarios, a agentes de relaciones públicas, a profesionales varios, a empresarios (sobre todo en agricultura y en lo para-agrícola), etcétera. Sospechamos que en todo esto todavía tenemos mucho que aprender, pero me parece difícil lograrlo si no invertimos el recorrido de nuestro análisis. ¿Cuántas veces hemos llegado al campo con el campesino ya en nuestra libreta de notas, o agobiados por el bagaje de tanto saber acerca de nuestra sociedad? Estamos llenos de impedimentos internos para aprehender sectores de bajo nivel de determinación social en esta sociedad que tan bien conocemos.

Por todo esto y más, preferimos insistir en la búsqueda de una estrategia unitaria de análisis para que nuestro sujeto campesino sea aprehendido en su propia identidad, sin prejuicios o mutilaciones disciplinarias. En esta búsqueda coinciden muchos de nuestros colegas. Esta proposición mía puede considerarse como un compromiso voluntariamente asumido con Salvador Giner y Eduardo Sevilla Guzmán (1979), quienes nos invitaron a plantearnos propuestas con una base orientada desde y hacia los campesinos. “Invitamos a los que hacen políticas, a los economistas rurales y a los políticos a imaginarse un mundo en que la modernización y el campesinado no son conceptos mutuamente hostiles, un mundo en que el campesino se *transforma pero no es eliminado*. Nuestra propuesta equivaldría a una falacia si estuviéramos argumentando a favor de la preservación de los campesinos como una clase completamente subordinada.” Que el campesino en un mundo futuro sea transformado sin desaparecer requerirá algo más que apoyo o voluntad política. Apuntan bien Giner y Sevilla Guzmán: las ciencias sociales bien pueden dar una mano avanzando hacia fronteras no exploradas, aduciendo nuevas evidencias, llegando a nuevos paradigmas. Avanzaríamos en esa dirección si los colegas científicos sociales que no lo hayan hecho todavía, se sobreponen a los remilgos o náuseas disciplinarias que les impiden asomarse en serio a ciertas áreas de la mente campesina —precisamente aquéllas que son privilegiadas por los sujetos. Estas áreas del quehacer y del saber campesino eran anteriormente el coto de estimables colegas atentos a la observación, pero un tanto indiferentes a los significados. En la polaridad que ha aislado en su desarrollo a los estudios sobre el campesinado, bien puede ser que los colegas que se inician desde

la naturaleza lleguen ineludiblemente a la sociedad, y no suceda necesariamente a la inversa con los del otro hemisferio.

Abordar los sujetos desde su vía de constitución social va a requerir de una óptica fina y de una relación más cercana y constante con los sujetos que la habitualmente permitida por la estructura académica. Esto no es un obstáculo serio para ustedes, liberados por la dictadura de servir a los campesinos con la mediatización de la academia o de la burocracia. Con un paralelismo entre sobrevivir como campesino o como profesional al servicio de ellos y con destinos comunes tan intrincados, un programa de decantación larga será siempre viable.

Aunque una propuesta de investigación como tal quede fuera de lugar en esta presentación, quisiéramos hacer algunas sugerencias de tipo general y en consonancia con aseveraciones ya hechas. Para aprehender al campesino en sus propios términos —que es igual a decir *en la sociedad*—, habría que pensar en la conducta total campesina como eje articulador del análisis. Conducta, como ya hemos comentado, en la acepción de la conjunción C-T/S-C y articulada por la praxis. En la secuencia C-T/S-C podremos distinguir en sus respectivos contextos tanto instancias polares como fases más interpenetradas con diverso contenido disciplinario. A título ilustrativo podría pensarse en ecosistema, familia, grupo de tenencia y varias proyecciones y niveles de la sociedad externa como posibles contextos. Pero ésta no tiene por qué ser la única alternativa, salvo, pensamos, para las instancias polares o extremas. Nos imaginamos que una vez detectados las fases y sus contextos, ya no son eliminables del análisis (salvo por vía de consolidación), y poco sentido tendría, para estos propósitos, considerarlos aislados de la secuencia total. Pero igualmente, no sería aconsejable examinarlos sin participación de los colegas que se manejan técnicamente en esos contextos particulares. En este tipo de investigaciones la fórmula multidisciplinaria se va armando como algo intrínseco a la investigación.

Si llegamos a recoger suficiente carga en nuestra prospección de la conducta campesina, podremos usar ésta como ángulo de análisis de la estructura social. Si en un caso estudiado, cuando se llevan interrogantes a la estructura social, *no se ha disipado en ellas* el impacto de la percepción campesina, por ejemplo, de los suelos *trumaos* en la toma de decisiones sobre tecnología.

Para poner el meollo de la búsqueda en términos descriptivos: si aparecen individuos campesinos cuya escogencia científico-técnica es similar, ¿coincidirán en estrategias de supervivencia o en su localización dentro de la estructura socioproductiva? Tanto las respuestas tentativas o condicionadas, como las afirmativas o negativas, deberían ser fructíferas, pues exigirán que desde la estructura social (a la que hemos llegado con nuestras interrogantes sobre esos campesinos) regresemos con nuevas preguntas hasta captar de nuevo la fase de la conducta C-T.

Si nos preocupa lo que los campesinos hacen y lo que piensan, aquello que hemos llamado praxis, aún sin un complicado aparato conceptual, nos

puede abrir muchas puertas. Aquí hay que confesar que la culpa no es de la teoría, sino del desafío de una situación no convencional que tiende a dar una falsa apariencia de simplicidad.

Si no partimos de un sujeto social ya fabricado vamos a poder remirar algunos problemas y situaciones fundamentales en la condición actual de nuestros campesinos. Y mucho nos servirá también en nuestro trabajo diario con ellos.

La observación de la praxis en los campesinos con los que trabajamos nos permite, por ejemplo, delimitar el *corpus*, y esto en varias dimensiones: en cuanto a frecuencia y tipo de las preguntas que le hacen, y también en aquello que no encuentran. ¿Cuál es el papel de la memoria con referencia, por ejemplo, a fórmulas tecnológicas en el *corpus* que son parte de paquetes tecnológicos ofrecidos? ¿Se incorporan como fórmulas o bien como *evaluación* campesina de esas fórmulas? ¿Pueden los campesinos estar al día en tecnología y seguir siendo tales? ¿Cómo examinar este asunto en toda su complejidad?, etcétera.

La praxis entre los campesinos los separa o los agrupa de acuerdo con diversas equivalencias o discrepancias, las cuales hay que cosechar frescas y no conformarse con las que circulan, por respetables que sean sus fuentes. Nos debería permitir asociar y considerar variables y variantes de percepción, conocimiento, consciencia o ideología —con sus posibles inconsistencias— como *inseparables de la materialidad de la supervivencia*. Podríamos llegar así a una taxonomía de campesinos emergente de una dinámica de diferenciación no asociada únicamente a estratificación social.

La praxis observada nos permitirá algún día delimitar nuestro universo campesino. Poder remirar riesgo, supervivencia, adopción tecnológica, obsolescencia cognoscitiva, etcétera, en cambiantes condiciones sociales. ¿Dónde está hoy la banda que deslinda a los campesinos de otros sectores sociales? ¿Llegaremos a saber con certitud quiénes son campesinos en el Chile de ahora? Y no a través de lo que la sociedad, la modernidad o el subdesarrollo les hacen, sino comprendiendo cómo intentan enfrentar esa embestida. Lo que servirá también para comprender la propia naturaleza de esa embestida.

5. POSIBLE RECAPITULACIÓN

En nuestros encuentros con los campesinos esperamos ser invitados, y pasar así al terreno que ellos pisan —llegando a compartir, si bien temporalmente, un espacio que les es propio. Queremos penetrar con los pies firmes sobre ese terreno, pero esa ansiada materialidad es sólo de valor figurativo: el contacto o nexo que buscamos establecer con los campesinos se realizará como encuentro de mentes o, si se quiere, de mentalidades. Es decir, se confrontan nuestras percepciones y las suyas, incluyendo por supuesto las percepciones acerca de ese mismo terreno cuyo que hemos llegado a pisar.

La naturaleza, ámbito primario de los campesinos, captada como totalidad a través de su óptica selectiva, deviene *realidad* en la medida en que haya sido percibida. Estas percepciones campesinas han sido avaladas por un empirismo del que sólo conocemos algunas manifestaciones externas o visibles —sin embargo, nuestra meta es captar la lógica que la sustenta y esto sólo puede lograrse compartiendo el *espacio campesino*.

Los colegas que trabajan en programas de acción cargan habitualmente una doble representación de la ciencia convencional. Son, por una parte, portadores de mensajes tecnológicos externos y, por otra, no pueden dejar de acusar las limitaciones que tiene el punto de vista científico convencional para entender a los campesinos y a su ciencia.

Sabemos que ustedes, jóvenes que trabajan con los campesinos, fueron entrenados inicialmente en una variedad de disciplinas y no dudamos que, día a día, están adquiriendo nuevas destrezas. Algunos de ustedes se han preparado profesionalmente en agronomía, que en su acepción corriente es la ciencia (convencional, agregamos nosotros) aplicada a la producción agropecuaria. Sospecho que es aceptado por ustedes, aunque con variado grado de convicción, que sin ciencia no es posible hacer producir a la naturaleza. Ya sea la ciencia de los campesinos o la que enseñan en las universidades, o bien diversas fórmulas que mezclen ambas.

El sustento científico es exigido para poner en marcha y manipular una compleja movilización de materiales, energía e información —con la relatividad del caso, que no escapa a los campesinos. La producción requiere, como ustedes bien saben, de decisiones deliberadas y oportunas para responder y afectar, lo mejor que se pueda, a una compleja realidad que ya está aprehendida, tanto en su relativa estabilidad como en el rango y frecuencia de sus posibles y probables alteraciones.

Los rasgos más salientes de la ciencia campesina ya han sido someramente examinados: su sistema mnemónico de registro, su dinámica y su carácter de aparato cognoscitivo para la supervivencia. Destacaré ahora algunas diferencias con nuestra ciencia convencional, aunque en el fondo surgen todas estas distancias de la antinomia de sus objetivos: ciencia para hacer más ciencia (la nuestra) y ciencia para sobrevivir. En su esencia misma estos propósitos que aparecen como divergentes no tendrían por qué ser indefinidamente antagónicos; y el día en que dejen de serlo, será porque esta sociedad nuestra ha dejado también de ser problema para los campesinos.

Las diferencias las apreciamos mejor si mantenemos en mente los modos de cambio en ambas ciencias. Para poner un ejemplo: la teoría corpuscular de la luz ya no forma parte del *corpus* vigente de la física y esto podemos averiguarlo consultando la literatura pertinente. Una fuente semejante no existe para un sistema o *corpus* no convencional. Pero las diferencias van más lejos. Aunque en ambas ciencias existen funciones equivalentes de enriquecimiento y descarte, mediante el paradigma de la rama correspondiente de la física se puede demostrar que la teoría corpuscular de la luz

es obsoleta. En cambio, un *corpus* no convencional no está contenido, por decirlo así, por un solo paradigma sino más bien acuerpa varios tipos o niveles de acuerdo sobre ideas, normas, alternativas y soluciones que postulamos poseen apreciable consistencia interna —aunque entre ellos muestren contradicciones y diverso grado de vigencia.

Reiterando, antecedente histórico para la ciencia convencional es lo que el advenimiento de un nuevo paradigma (en el sentido empleado por Kuhn) permite descartar. Es por esto que la dinámica de esta ciencia es mejor aprehendida como historia de ideas *per se*. Mucho de lo que un *corpus* no convencional preserva sería para la otra ciencia peso muerto. Por eso, la dinámica del pensamiento C-T campesino, impulsada desde la praxis, es mejor entendida como historia de *circunstancias y coyunturas* del uso y desuso de ideas, es decir, la historia de lo que interviene o afecta el proceso de descarte y acopio en el *corpus*. Es así como esta ciencia no puede limitarse a ser una experiencia reflejo de lo contemporáneo o del estar al día en términos tecnológicos. Tal restricción, la de tener que renovarse en términos paradigmáticos, la divorciaría de la experiencia fundamental de la supervivencia. Principalmente, porque tendería a convertir en superfluo el ejercicio de la memoria y las demandas que se le hacen.¹

Retomamos una afirmación anterior, aceptamos que la ciencia campesina no está contenida en un solo paradigma, entendido como una trama interrelacionada de conceptos que puede servir para definir los objetivos de una disciplina científica y también sus marcos de referencia metodológico-conceptuales. A partir de esta consideración podríamos escoger dos alternativas de hipótesis: *a*) al no ser contenida por un solo paradigma, no la contiene ninguno, y *b*) por esa misma propiedad contiene diversos paradigmas; de alguna manera peculiar es poli o multiparadigmática. Examinaremos muy al pasar esta última posibilidad.²

Si bien acerca del carácter paradigmático o no paradigmático del razonar científico campesino no cabe ahora sino adelantar conjeturas, otro nivel

¹ Una objeción de fondo a todos los mensajes tecnológicos del exterior es raramente percibida y casi nunca enfatizada: el ritmo de obsolescencia de los consejos técnicos difícilmente coincide con el de su posible absorción y eventual descarte en la agricultura campesina. Se sabe que los reparos campesinos a la adopción no son en sí tecnológicos y que no es la ciencia convencional la que es rechazada como tal. Me parece que este asunto se presta particularmente para la reflexión en el terreno. Habría que agregar que en las últimas décadas no han faltado las propuestas para *otra tecnología* y ciertamente las hay imaginativas, ingeniosas y bien pensadas —aunque no necesariamente pensadas desde los campesinos.

² Entre los sistemas cognoscitivos que más se aproximan al ser contenidos en un solo paradigma, que incluye e interrelaciona prácticamente todo, podrían sugerirse algunas variantes de la agricultura de roza y quema de las tierras bajas tropicales. Por ejemplo, el caso de los lacandones, desarrollado en inmemorial familiaridad con un solo habitat dominante (la selva alta perennifolia), fuente de casi todos los materiales de su subsistencia (excepto sal, por ejemplo) y en relativo aislamiento de grupos portadores de ideas y tecnologías aplicables en habitats alterados o degradados.

paradigmático —el nuestro convencional— parece posible como una justificada meta; un paradigma que, aunque en estado de primordio, busque esclarecer y traducir para la ciencia convencional *lo campesino*: un enfoque unitario de lo C-T/S-C en la conducta campesina o en su constitución social. Paradigma supra o transdisciplinario, en el cual el examen diferenciado, conceptual y metodológicamente, de los dos terminales (C-T/S-C) y su interpretación y sus respectivos contextos, aspira a mantenerse dentro de una sola delimitación paradigmática de *lo campesino*.

El sincretismo en el *corpus*, su perennidad como realidad cultural y los modos de incesante cambio impulsados desde la praxis campesina, no facilitan escudriñar las lógicas de su ordenamiento interno; salvo, para nuestros propósitos, por medio del procedimiento de seguir instancias significativas de consultas al *corpus* e hipotetizar a partir de ellas. Lo que es igual a decir que no nos limitamos a vislumbrar lógicas y orden en el *corpus*, sino que estaremos, fundamentalmente, entendiendo campesinos. O expresado aún de otra manera, estaríamos generando y desarrollando un *conocimiento* (algo que no se sabe) y no satisfaciendo una expectativa disciplinaria (algo que nosotros y algunos otros colegas no sabíamos). Si es así podríamos ir más lejos en la precaución o advertencia habitual sobre lo que puede ser considerado como significativo en una investigación. ¿A qué grado de ajuste en nuestra óptica nos llevaría aceptar como canon de lo significativo nuestro grado de profundización en el problema global de la activación del *corpus* por la praxis campesina?

Nos parece obvio que cuando un campesino afirma para sí: “parece que éste va a ser un buen año” o “es demasiado temprano para barbechar (en la acepción activa)”, estaremos frente a una conclusión respaldada por toda una hilación *sui generis* de hitos de pensar, y no frente a un aislado instante revelador. El campesino llega a estas conclusiones manipulando mentalmente *materia del corpus*: percepciones de materiales ambientales (suelos, agua, etcétera) y también representaciones de inmaterialidades (símbolos, mitos devenidos, signos o señales, etcétera), y estas últimas captadas por sí mismas, o como otros atributos de las materialidades. Todas las percepciones involucradas en el ejercicio de consulta al *corpus* abandonan sus nichos, por decirlo así, al ser captadas y puestas en juego por una exigencia concreta. Es de presumir una suerte de redefinición recíproca en las propiedades o atributos de las diferentes percepciones, articuladas coyunturalmente en el juego de la mente campesina que busca decidir: actuar, abstenerse, postergar o buscar otra alternativa. El *corpus* va transformándose con cada consulta del campesino que de esta manera se lo apropia, con el potencial de convertirlo en materia de su experiencia social. En este mismo sentido, se va completando a sí mismo como sujeto social: pudo hacer consultas y manejar coyunturalmente las respuestas.

Cabría entonces otra mirada al *corpus* enfatizando su papel como repertorio cognoscitivo sujeto a lectura diferenciada, para lo cual brinda no

sólo su riqueza en información, sino asimismo las reglas epistemológicas para su lectura: registro y código que adquieren sentido para quienes tienen la exigencia de consultarlo.

Una fuente de diferenciación nos parece obvia: las similitudes entre consultas, temática y coyunturalmente coincidentes, pueden ocultar versiones epistemológicas con algún contraste entre procesos mentales de diferentes campesinos. Por ejemplo, en los nichos consultados o descartados, su modo de articulación o cuáles sirven de base a la articulación. Asimismo, los códigos para leer o concluir desde las respuestas. Otra acepción de lectura diferenciada: para un campesino, una consulta, aunque repetida en cada ciclo productivo, sólo replicará los componentes genéricos del proceso reflexivo, pero no los elementos circunstanciales o específicos de un ciclo que jamás se repetirá en términos idénticos.

De las diferentes estrategias de supervivencia se deriva la mayor diversidad genérica de lecturas del *corpus*. Tal como hemos insistido, es precisamente la praxis, en su modalidad de intérprete del sobrevivir en sociedad, la que incita a la consulta del *corpus*. Y esta exigencia común a todos genera la condición campesina. Nos parece particularmente fascinante la entremezcladura de impulsos-percepciones del vivir social y las de contenido científico-técnico en las consultas.

Serán las primeras percepciones, ponderando como corresponde los elementos de juicio técnicos, las que decidirán con cuál respuesta quedarse, o qué alternativa escoger. Aquí la similitud de las consultas no puede enmascarar el que diferentes campesinos estarán buscando diferentes respuestas. Si la exigencia de la consulta al *corpus* resulta en uniformidad cultural o en la condición campesina, genera también su opuesto constante: las implicaciones de la individualidad en la consulta. Y no estamos pensando necesariamente en los innovadores, los experimentadores o aquéllos que siguen notoriamente su propio consejo o derrotero. En todo caso, un potencial de circunstancias y estilos mentales que pasa inadvertido.

Si tuviéramos acceso al procedimiento mental de los campesinos que llegan a afirmaciones como las dos mencionadas, lograríamos detectar, o más bien, confirmar mezclas epistemológicas. Por ejemplo, aquellos procedimientos que no nos inspiran confianza porque establecen conexiones inusuales (para nosotros) entre fenómenos. Como, por ejemplo, entre la posición aparente de la Vía láctea (gran río Jordán, en Chile) y las lluvias o la sequía. ¿Un acto de fe en una ciencia que todavía no nace (Lévi-Strauss) o búsqueda de claves que es preferible tener, pero que la ciencia convencional no proporciona? En casos como éste, sugerimos concentrarnos en captar aquello que el campesino que hace consulta revela de sí mismo. Con frecuencia habrá que aceptar que examinar el cómo y el por qué de las consultas rinde más que registrar respuestas. Otros procedimientos mentales, que bien pueden coincidir en un mismo individuo, inspiran más confianza —por analogía o familiaridad, aunque se tienda a disentir de las conclusiones.

Si quisiéramos evitar la construcción de objetos de estudio justificados por nosotros porque nos parecen internamente coherentes, independientemente de que sean verdaderos —sería aconsejable remirar el pensamiento campesino. Nos parece intelectualmente inviable o estéril aislar las epistemologías campesinas de sus propios condicionantes, contextos y coyunturas. Aquello que en conjunto equivale a una suerte de conciencia epistemológica: una relación cognoscitiva con el momento histórico que pasa siempre por la naturaleza. Con ese ánimo o perspectiva “integracionista” nada perderíamos si captásemos algunas cuestiones elementales de sus epistemologías: *a)* los métodos o estrategias para la formulación de interrogantes y problemas; *b)* los sistemas re-recolección y registro de data; *c)* las modalidades para reconocer interrelación entre fenómenos, y *d)* la formulación de reglas generales, y la naturaleza de las excepciones reconocidas.

AGRADECIMIENTOS

A Hugo Zemelman por una lectura paciente y alerta. Lamento, sin embargo, no haber estado en condiciones de explorar o explotar todas sus observaciones. Edmundo Palacios mejoró de manera notable un texto que estaba muy necesitado de su buena mano. Santiago Funes facilitó gentilmente la puesta en limpio y reproducción del documento.

BIBLIOGRAFÍA

En medio del empeño por ordenar mi memoria, me crucé con una referencia a la obra de John Berger, crítico de arte, poeta, guionista para algunas de las películas de Tanner, narrador y más todavía. Ha escrito también sobre campesinos con una percepción rara en estos tiempos. Sólo he tenido acceso a dos de sus libros, e ignoro si se le ha traducido al español. Su influencia en mis formulaciones colmaría una o varias notas al pie de la página.

El resto de la lista adjunta fue examinado en la búsqueda de esclarecimiento sobre lo cognoscitivo no convencional. Aquí la referencia de base sigue siendo *La pensée sauvage* de Lévi-Strauss, que seguramente todos ustedes han leído.

- Baraona, R. y J. Echenique: (1983), *Proyecto de trabajo: agro-sistemas campesinos en Chile Central* (mimeo.).
- Barker, D.: (1978), *Some methodological issues in the measurement, analysis and evaluation of peasant farmer's knowledge about the environment*, Londres, Chelsea College.

- Berger, J.: (1979), *Pig earth*, Nueva York, Pantheon Books.
- Berger, J. y J. Mohr: (1982), *Another way of telling*, Nueva York, Pantheon Books.
- Berlin, B.: (1972), "Speculation on the growth of ethnobotanic nomenclature", en *Language in Society* 1.
- Berlin, B.: (1973), "Folk systematics in relation to biological classifications and nomenclature", en *Annual review of ecology and systematics* 4.
- Berlin, B.: (1976), "The concept of rank in ethnobotanical classifications; some evidence from Aquaruna folk botany", en *American Ethnologist* 3.
- Berlin, B., D. Breedlove y P. Raven: (1974), *Principles of Tzeltal plant classification; an introduction to the botanical ethnography of a Mayan-speaking people of highland Chiapas*, Nueva York, Academic Press.
- Brokensha, D. W., D. M. Warren y O. Werner (eds.): (1980), *Indigenous Knowledge systems and development*, Lanham, MD, University Press of America.
- Brown, C. H.: (1977), "Folk botanical life-forms: their universality and growth", en *American Anthropologist* 79 (2).
- Burton, M. y L. Kirk: (1980), "Ethnoclassification of body parts: a three-culture study (Maasai, Kikuyo, U.S.A.)", en Brokensha y otros, *op. cit.*
- Caballero, J.: (1978), "Perspectivas para el quehacer etnobotánico en México", en *Memorias del Simposio de Etnobotánica*, México, DEAS-INAH.
- Durston, J. W.: (1982), "Clase y cultura en la transformación del campesinado", en *Revista de la CEPAL* 16.
- Fliegel, F. C. y J. C. van Es: (1983), "The diffusion-adoption process in agriculture: changes in technology and changing paradigms", en Summers, G. F. (ed.), *Technology and social change in rural areas. A Festschrift for Eugene A. Wilkening*, Boulder, Col., Westview Press.
- Giner, S. y E. Sevilla Guzmán: (1979), "The demise of the peasant: some reflections on ideological inroads into social theory", en *Sociologia ruralis* 20 (1-2).
- Gladwin, C. H.: (1980), "Cognitive strategies and adoption decisions: a case study of nonadoption of agronomic recommendations", en Brokensha y otros, *op. cit.*
- Gladwin, C. H.: (1981), "Estrategias de decisión de los pequeños productores en las zonas de ladera y sus implicaciones para el diseño de proyectos", en A. R. Novoa y J. L. Posner (eds.), *Agricultura de ladera en América Tropical. Memoria del Seminario Internacional realizado en Turrialba, Costa Rica*.
- Hays, T. E.: (1979), "Plant classification and nomenclature in Ndumba, Papua New Guinea Highlands", en *Ethnology*.
- Hernández X., E. (ed.): (1977), *Agroecosistemas de México: contribuciones a la enseñanza, investigación y divulgación agrícola*, Chapingo, México, Colegio de Postgraduados.
- Howes, M.: (1980), "The uses of indigenous technical knowledge in development", en Brokensha y otros, *op. cit.*

- Howes, M. y R. Chambers: (1980), "Indigenous technical knowledge: analysis, implications and issues", en Brokensha y otros, *op. cit.*
- Kníght, C. G.: (1974), *Ecology and change: rural modernization in an African community*, Nueva York, Academic Press.
- Lechtman, H. y A. M. de Soldi (eds.): (1981), *La tecnología en el mundo andino. Runakunap kaysayninkupaq rurasqankunaqa. Subsistencia y mensuración*, vol. 1, México, UNAM.
- Meehan, P.: (1980), "Science, ethnoscience and agricultural knowledge utilization", en Brokensha, D. M., y otros, *op. cit.*
- Merrill, R. S.: (1968), "The study of technology", en *International Encyclopedia of the social sciences*, tomo 15.
- Ortiz, S. R.: (1973), *Uncertain ties in peasant farming. A Colombian case*, London School of Economics Monographs on Social Anthropology.
- Toledo, V. M.: (1976), "El ejido y la selva tropical húmeda: una contradicción ecológica y social", en Gómez Pompa y otros (eds.), *Regeneración de Selvas*, México, CECOSA.
- Toledo, V. M., S. Guevara y J. S. Flores: (1972), "El ejido: un intento de interpretación ecológica", en *Problemas biológicos de la Región de los Tuxtlas*, Veracruz.
- Toledo, V. M., J. Caballero, A. Argueta, C. Mapes, N. Barrera, L. Durán y M. Núñez: (1978), *Etnobotánica en Pátzcuaro: un proyecto de cultura popular*, México (mimeo.).
- Vayda, A. P. (ed.): (1969), "Environment and cultural behavior. Ecological studies in cultural anthropology", Nueva York, American Museum Sourcebooks in Anthropology.
- Werner, O. y J. Fenton: (1971), "Method and theory in ethnoscience or ethnoepistemology", en R. Naroll y R. Cohan (eds.), *A handbook of methods in cultural anthropology*, Nueva York, Columbia University Press.
- Williams, B. J. y C. A. Ortiz-Solorio: (1981), "Middle American folk soil taxonomy", en *Annals Association American Geographers* 71 (3).